

DANIELLE L. JENSEN



EL
REINO DEL
PUENTE

CROSS
BOOKS

DANIELLE L. JENSEN

EL
REINO DEL
PUENTE

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Bridge Kingdom*
© del texto: Danielle L. Jensen, 2018
Publicado mediante acuerdo con Context Literary Agency LLC por medio de International Editors' Co.
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2023
© del mapa: Damien Mammoliti
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023
ISBN: 978-84-08-26702-7
Depósito legal: B. 434-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Lara

Lara descansó los codos sobre un murete de arenisca y clavó la mirada en el radiante sol que se ocultaba entre los distantes picos de las montañas, sin nada que los separara más que dunas de arena abrasadora, escorpiones y algún que otro lagarto. Una extensión que resultaba infranqueable sin un buen camello, los suministros adecuados y una buena dosis de suerte.

Tampoco es que hubiera estado tentada de intentarlo nunca.

Sonó el tañido de un gong, que reverberó por todo el complejo. Todas las noches, desde hacía quince años, era lo que le indicaba que la cena estaba lista; pero aquel día el toque la atravesó como un tambor de guerra. Lara respiró hondo para calmar los nervios, se volvió y se dispuso a atravesar el campo de entrenamiento a grandes zancadas en dirección a las imponentes palmeras, acompañada por el susurro que las faldas rosas producían al rozarle las piernas. Las once hermanastras acudían al mismo lugar, todas vestidas con un atuendo distinto de un color escogido meticulosamente por la maestra de Estética a fin de que les complementara los rasgos.

Lara detestaba el rosa, pero nadie le había pedido su opinión.

Tras quince años encerradas en el complejo, aquella sería la última noche en la que las hermanas estarían juntas, y su maestro de Meditación les había ordenado que pasaran la hora previa a la cena en su lugar favorito, contemplando todo lo que habían aprendido y todo lo que llegarían a conseguir con las herramientas que les habían proporcionado.

O, al menos, lo que una de ellas conseguiría.

Lara percibió el aroma del oasis flotando en una brisa serenísima. El olor a fruta y vegetación, a carne asada y, por encima de todo lo demás, a agua. Agua, el bien más preciado. El complejo estaba ubicado en uno de los pocos manantiales del desierto Rojo, pero lejos de las rutas de las caravanas. Aislado. Secreto.

Porque esa era la voluntad de su padre, el rey de Maridrina. Y, por lo que le habían contado, era un hombre que siempre conseguía lo que se proponía, de una forma u otra.

Lara se detuvo en la linde del campo de entrenamiento y se frotó las plantas de los pies contra las pantorrillas para limpiarse la arena, antes de deslizarlos dentro de unas delicadas sandalias con tacón alto, sobre las que mantenía el equilibrio como si llevara puestas unas botas de combate.

Clic, clic, clic. Los tacones emulaban el latido acelerado de su corazón mientras avanzaba por el pasillo de mosaico y cruzaba el puentecito, y en ese momento le llegó la suave melodía de unos instrumentos de cuerda, amortiguada por el borboteo del agua. Los músicos habían llegado con el séquito de su padre para entretener a los invitados de los festejos de aquella noche.

No creía que llegaran a hacer el viaje de vuelta.

Una gota de sudor le recorrió la espalda y notó ya húmeda la vaina de la daga que llevaba en la parte interior del

muslo. «Hoy no morirás —afirmó para sus adentros—. Hoy no.»

Lara y sus hermanas convergieron en el centro del oasis, un patio rodeado por el manantial, lo que lo convertía en un vergel. Se aproximaron a la enorme mesa cubierta por manteles de seda que aguantaban el peso de la cubertería de plata necesaria para los más de doce platos que esperaban en las cocinas. Los sirvientes, todos mudos, aguardaban detrás de las trece sillas, sin levantar la vista de sus pies. Cuando las mujeres se acercaron, retiraron las sillas y Lara se sentó sin mirar, sabiendo que habría un cojín rosa esperándola.

Las hermanas no mediaron palabra.

Por debajo de la mesa, Lara sintió cómo le agarraban la mano. Desvió la vista a su izquierda y se topó fugazmente con la mirada de Sarhina, antes de volver a clavarla en su plato. Las doce eran hijas del rey, todas habían cumplido ya los veinte años y habían nacido de cada una de sus doce mujeres. Habían llevado a Lara y sus hermanastras a aquel lugar secreto para proporcionarles un entrenamiento que ninguna muchacha maridrina había recibido jamás. Y el entrenamiento había finalizado.

A Lara se le revolvió el estómago y le soltó la mano a Sarhina; el contacto con la piel de su hermana más cercana, fría y seca en comparación con la suya, le había provocado náuseas.

El gong volvió a sonar, los músicos dejaron de tocar y las chicas se pusieron en pie. Un instante más tarde, apareció su padre, cuyo cabello plateado refulgía bajo la luz de las lámparas mientras andaba el camino que conducía a la mesa, con unos ojos azules idénticos a los de todas las muchachas presentes. Lara notaba ríos de sudor recorriéndole las piernas, pero estaba entrenada para procesar hasta el más mínimo detalle. El color añil del chaquetón. El cuero gastado de

las botas. La espada envainada que le pendía de la cintura. Y, cuando se volvió para rodear la mesa, la apenas perceptible silueta de una espada oculta a lo largo de la columna.

Cuando se sentó, Lara y sus hermanas lo imitaron sin emitir el más mínimo sonido.

—Hijas mías.

Silas Veliant, rey de Maridrina, se reclinó en la silla y esbozó una sonrisa, esperó a que el catador le hiciera un gesto afirmativo con la cabeza y dio un largo sorbo al vino. Todas imitaron sus movimientos, pero Lara apenas notó el sabor del líquido carmesí cuando le atravesó la lengua.

—Sois mi posesión más preciada —siguió, agitando la copa para incluirlas a todas—. De las veinte que trajeron aquí, sois las únicas supervivientes. Esa hazaña en sí misma, el hecho de que hayáis crecido, es un logro, puesto que el entrenamiento que habéis recibido habría puesto a prueba a los mejores hombres. Y no sois hombres.

Fue precisamente ese entrenamiento lo que impidió que Lara entrecerrara los ojos. Que mostrase cualquier tipo de emoción.

—Os trajeron aquí para que yo pudiera decidir cuál de vosotras sería la mejor. Cuál sería mi daga en la oscuridad. Cuál se convertiría en la reina de Ithicana. —Sus ojos mostraban la misma compasión que la de los escorpiones del desierto—. Cuál rompería las defensas de Ithicana y, de ese modo, permitiría que Maridrina recuperara la gloria de antaño.

Lara asintió una sola vez, igual que sus hermanas. No había ningún tipo de expectación. Al menos no sobre la decisión de su padre. Hacía días que se lo habían comunicado, y Marylyn estaba sentada en el extremo opuesto de la mesa, con los cabellos dorados trenzados hasta formar una especie de corona sobre la frente y un vestido de lamé a juego.

Marylyn era la opción más evidente; era brillante, grácil, hermosa como el amanecer... y fascinante como el crepúsculo.

No, la expectación se la provocaba lo que pasaría a continuación. El rey había escogido a la hija que ofrecería al príncipe heredero —ahora rey— del reino de Ithicana. Lo que nadie sabía era qué le ocurriría al resto. Eran de sangre real, y eso debía de tener algún valor.

Todas las hermanas, Marylyn incluida, se habían estado reuniendo alrededor de una montaña de almohadas durante las últimas dos noches, especulando sobre sus destinos. Sobre con cuál de los visires del rey las casarían. A qué otros reinos podrían ofrecerlas como esposas. El hombre o el reino poco importaban. Lo único que querían las hermanas era ser libres de aquel lugar.

Pero durante esas dos noches, Lara se había mantenido al margen, sin decir nada, aprovechando el tiempo para observar a sus hermanas. Para quererlas. Para recordar todas las veces que habían luchado y todas las que las había abrazado con fuerza. Sus sonrisas. Sus ojos. Esa forma que tenían, ya incluso pasada la infancia, de acurrucarse juntas como un montón de cachorros a los que acaban de separar de su madre.

Porque Lara sabía algo que las demás ignoraban: la intención de su padre era que solo una hermana abandonara el complejo. Y sería la futura reina de Ithicana.

Le colocaron delante una ensalada con queso y fruta de colores intensos, y Lara comió como por inercia. «Vivirás, vivirás, vivirás», se repitió a sí misma.

—Desde el albor de los tiempos, Ithicana ha mantenido un férreo control sobre el comercio, erigiendo y destruyendo reinos a su antojo, como si de un oscuro dios se tratara. —Su padre se dirigía a ellas con los ojos encendidos—. Mi padre, su padre y su padre antes que él trataron de someter el Reino

del Puente con asesinos, guerras, bloqueos y con cualquier herramienta a su disposición. Pero ninguno de ellos pensó en usar a una mujer. —Sonrió con picardía—. Las mujeres maridrinas son indolentes. Son débiles. No valen más que para cuidar la casa y criar a los hijos. Salvo por vosotras doce.

Lara no se inmutó, ni tampoco el resto de sus hermanas, y se preguntó si su padre sería consciente de que todas y cada una de ellas se estaba planteando clavarle una espada en el corazón ante la ofensa de sus palabras. Debería saber que todas eran capaces de algo así.

Su padre prosiguió:

—Hace quince años, el rey de Ithicana exigió una pretendiente para su hijo y heredero, como tributo. Como pago. —Torció los labios en una mueca—. Hace más de un año que el cabrón está muerto, pero su hijo ha reclamado la deuda. Y Maridrina está preparada.

Desvió la mirada hacia Marylyn, y luego a los sirvientes que retiraban ya los platos de ensalada. En la sombra de la noche que se cernía sobre ellos, Lara percibió movimiento y sintió la presencia del grupo de soldados que su padre había traído consigo. Los sirvientes volvieron a aparecer con cuencos humeantes de sopa, precedidos por un aroma a canela y puerro.

—La codicia, la soberbia y la condescendencia de Ithicana serán su ruina.

Lara se permitió apartar la vista de su padre y examinó a sus hermanas. A pesar del entrenamiento y a pesar de que conocieran sus planes, él no tenía ninguna intención de que vieran más allá de la cena, salvo la elegida.

Dejaron las sopas frente a ellas y todas las hermanas esperaron a que el catador de su padre diera el primer sorbo y asintiera. Acto seguido, cogieron las cucharas y comenzaron a comer obedientemente.

Lara hizo lo propio.

Su padre creía que la astucia y la belleza eran los rasgos más importantes de la hija que había seleccionado. Que sería la muchacha que demostraría más perspicacia como luchadora y estratega. La muchacha que mostraría más talento en el arte de la alcoba. Estaba convencido de que conocía las características que más importaban, pero se había olvidado de una.

Sarhina se enderezó a su lado.

«Lo siento», articuló Lara a sus hermanas sin abrir la boca.

Luego Sarhina empezó a convulsionar.

«Espero que todas halléis la libertad que merecéis.»

La cuchara sopera que Sarhina tenía en la mano salió disparada por la mesa, pero las otras muchachas no se dieron cuenta. No le dieron importancia. Porque todas se estaban asfixiando, echando espuma por la boca mientras se retorcían y resollaban, cayendo una a una hacia delante o hacia los lados. Hasta que, poco después, todas se quedaron inmóviles.

Lara dejó su cuchara junto al cuenco vacío y miró a Marylyn, quien tenía la cara metida en su plato. Se levantó, rodeó la mesa, le levantó la cabeza del cuenco a su hermana y, después de limpiarle la sopa con delicadeza, la colocó de lado sobre la mesa. Cuando Lara volvió a alzar la vista, su padre estaba lívido, en pie, con la espada a medio desenvainar. Los soldados que acechaban en los flancos se adelantaron apresuradamente y retuvieron a los sirvientes, aterrorizados. Pero todo el mundo, sin excepción, la observaba a ella.

—No elegisteis bien, padre.

Lara se dirigió al rey con la cabeza bien alta. Lo fulminó con la mirada, dejando que la parte oscura, avara y egoísta de su alma saliera a la superficie y lo contemplara.

—Yo seré la próxima reina de Ithicana. Y seré yo quien someta al Reino del Puente.